

El Regalo de la Paz Después de la Crucifixión

Homilía para el Segundo Domingo de Pascua 2019

Hechos 2:42-47; 1 Pedro 1:3-9, 12-13, 17-19; Juan 20,19-31

Rvdmo. Joseph J. Tyson, Obispo de Yakima

¡La paz sea con ustedes! Ustedes notarán que este saludo muy escritural también se escucha al comienzo de la Misa – y – ¿es un saludo escritural reservado SOLAMENTE para el obispo en la liturgia? ¿Por qué? La respuesta va directamente al Evangelio de hoy tomado de San Juan donde – después de su crucifixión – Jesús resucita de la muerte. Luego él entra a través de puertas cerradas, se para en el medio y dice: la paz sea con ustedes.



Pero, ¿por qué? ¿Por qué Jesús le dice esto a esos discípulos? Bueno, comencemos con el hecho de que este es el mismo Jesús que el discípulo amado en su terrible ingenuidad no podía creer que jamás sería traicionado. Y este fue el mismo Jesús a quien Judas traicionó y luego, en medio de su desesperación, se mató. Y este es el mismo Jesús a quien Pedro negó tres veces para evitar ser asesinado como intriga.

Ciertamente, las escrituras nos dicen que estos discípulos estaban confinados detrás de puertas cerradas porque temían correr la misma suerte de una crucifixión similar. Pero ese no era su temor al ver a Jesús. No. Cuando se dieron cuenta de que la persona vagamente reconocible que cruzaba a través de puertas cerradas era Jesús resucitado, ellos tuvieron miedo de que hubiera regresado de la muerte para vengarse de ellos por su traición.

Hagamos una pausa y leamos entre las líneas de este Evangelio. La venganza al volver de entre los muertos habría sido una visión común del primer siglo, dados los muchos mitos entre los griegos, los romanos e incluso los mitos más antiguos de Gilgamesh de Mesopotamia.

Tenemos los equivalentes de hoy en día en la violencia de la venganza. Mi primer funeral como obispo fue para un joven en el extremo sur de Seattle donde yo era párroco. Su nombre era Alefosio Tuifua. Era hijo de un inmigrante de Tonga. Él había estado en nuestro programa de Confirmación. Se desató una pelea en el sur del Condado King. Acalorados por el alcohol, los ánimos se encendieron. Se desató una pelea. Alefosio Tuifua estaba muerto a la edad de 19 años.

Durante la vigilia, la noche antes del funeral, los jóvenes estaban reunidos alrededor de sus automóviles en el estacionamiento de la iglesia. Tenían camisetas con la imagen de Alefosio estampada en ellas. Todos estaban tristes. Algunos enojados. Algunos querían venganza.

Durante el funeral el día siguiente, golpeé mi báculo en el piso de cerámica y firmemente ordené: "¡NO HAY VENGANZA!" Pero fue el papá del muchacho que en la liturgia se levantó y pronunció las más poderosas palabras. En su quebrado inglés, siendo nativo de Tonga, nos dijo a todos nosotros que él había perdonado al joven que asesinó a su hijo. Él exigió que todos hiciéramos lo mismo. Él exigió que perdonáramos al asesino de su hijo.

¿Pueden ustedes hacer eso? ¿Pueden hacer lo que el papá hizo? Si hay una pausa en su corazón – como hay en el mío – entonces esa pausa les permitirá considerar la absoluta necesidad de recibir la bendición de Cristo en el Evangelio de este domingo: ¡la paz sea con ustedes!

Permítanme traer a esta historia de Alefosio un poco más cerca a casa. En la mañana de la Navidad es mi costumbre celebrar Misa en el centro de detención de jóvenes con hombres que están encarcelados por crímenes violentos. Son jóvenes en edades de la escuela intermedia y secundaria. ¡Todos están imitando la antigua mitología del cercano este! Están jugando los juegos del mito del medio oriente de Gilgamesh.

"¡La paz sea con ustedes!" La teología moral dominica del Padre Servais Pinckaers nota que: "Una de las cosas sorprendentes de la paz es que generalmente comienza en el punto en que parece más improbable, con nuestro reconocimiento de nuestra pecaminosidad, que es la causa de nuestros conflictos y males."

De hecho en el Evangelio de hoy, este regalo de paz es tan sorprendente que Tomás casi no puede creer que es el mismo Señor el que está frente a ellos ofreciéndoles su gran regalo de paz. Pero noten los detalles del Evangelio de San Juan. Jesús le dice a Tomás: "¡Aquí están mis manos; acerca tu dedo. Trae acá tu mano, métela en mi costado y no sigas dudando, sino cree!" Jesús le dice eso a Tomás – pero noten bien – Tomás realmente nunca toca las heridas de Jesús. Él mira y cree: "¡Señor mío y Dios mío!"

¿Qué pasa con nosotros? Este domingo es llamado "Domingo de la Divina Misericordia" precisamente porque habiendo viajado a través de las escrituras de la Semana Santa hasta la Pascua podemos comenzar a darnos cuenta que nosotros – al

igual que Pedro y Judas – hemos traicionado a Jesús en un sinnúmero de formas. ¿Podemos hacerle frente a la manera en que hemos lastimado a otros? ¿Podemos darnos cuenta de que hemos hecho cosas que han dañado a otros? ¿Podemos rechazar el diálogo interno que justifica y que está en nuestras cabezas cuando estamos equivocados el tiempo suficiente para darnos cuenta de que Jesús en su acto de perdón ya nos ha justificado? Podemos aceptar su paz. Si. Nuestras puertas de nuestras iglesias están cerradas. Pero Jesús puede pasar por puertas cerradas hoy como en el evangelio de San Juan. El puede pasar por puertas cerradas con sus palabras de paz y consuelo: ¡La paz sea con ustedes!

Permítanme cerrar con este punto: Si estamos buscando a Jesús ahora, los detalles del Evangelio de esta noche nos dan una pista sobre cómo lo descubriremos. Noten bien los detalles: El Señor Resucitado no es reconocido inmediatamente por ninguno de los que lo vieron primero. Sin embargo, ese cuerpo resucitado se parece mucho al cuerpo terrenal de Jesús. Es un cuerpo que es sólido y fluido. No obstante, es uno que pasa por puertas cerradas, y que también come pescado. Es un cuerpo que es visible pero no reconocible.

Pueden recordar el error de la mujer que lo confundió con el cuidador del huerto, los hombres a la orilla del mar de Galilea que pensaron que era un cocinero que preparaba pescado para el desayuno y los discípulos en camino a Emaús que asumieron que era otro viajero.

¿Cómo Tomás reconoce a Jesús? ¡Por medio de sus heridas! Lo mismo será cierto para mí y para ustedes. Veremos a Jesús hoy y recibiremos su regalo de paz a través de sus heridas que tocamos cuando vivimos las obras corporales de misericordia: dar de comer al hambriento; dar de beber al sediento; vestir al desnudo; dar posada al peregrino; visitar a los enfermos; rescatar al cautivo; enterrar a los muertos. Que podamos atender sus heridas y descubramos la verdad de sus palabras para nosotros. ¡La paz sea con ustedes!

Arte: “La Incredulidad de San Tomás,” 1613, Peter Paul Rubens. Dominio Publico.